

*SIN NOVEDAD EN SHANGHAI*



Llegarían en la madrugada a Shanghai. Posiblemente, más tarde, en la vida ya no se encontrarían jamás entre sí los compañeros de viaje. El vapor terminaba su ruta en ese puerto; se quedaría cargando algunos días; y volvería a Venecia, para hacer nuevamente el recorrido con otros pasajeros. Siempre la misma ruta del Occidente al Oriente y viceversa. Nuevas caras y nueva incertidumbre; nuevos estados de alma; nuevos besos y nuevas despedidas sensibles. El devenir continuo sobre la mar inmensa e inquietante.

A pesar de la música, a pesar del bullicio de la sala, y a pesar de la enorme granizada de serpentinas y confetti que le daban al baile un buen aspecto de carnaval nizardo, se notaba en los rostros, en los gestos y en las mil contorsiones de los cuerpos, una nerviosidad indecible, un gran deseo de alegrarse, de divertirse a todo trance para olvidar lo inevitable.

Los camareros corrían de un lado a otro con los *highballs* y el champán; los músicos hacían malabarismos con sus escalas estridentes, y los *evening dre-*

ses iban perdiendo sus líneas, debido al histerismo de las danzas. Nadie quería quedarse sin bailar; nadie quería perder la última gota de la alegría, la hora final del viaje y del amor.

Los que no habían logrado en todo el viaje enhebrar su aventura, aprovechaban ese instante propicio para expresar la angustia de sus silencios. Y, el mismo Capitán, viejo lobo de mar, perdía de vez en cuando su austera compostura, lanzando resoplidos alcohólicos y moviendo su cuerpo con cadencias de cocodrilo antiguo.

—Come, va, signor Cónsole, —exclamó— ¿Se divierte?

—¡Siéntese, Capitán! ¿Bebe una copa?

—¡Naturalmente, mío caro!

Se la bebió de un sorbo.

—¿Sabe usted que éste es uno de mis mejores viajes? Pocas veces se encuentran pasajeros alegres. Hoy hay que divertirse, mío caro. Mañana si arriva molto presto.

La rumba había cesado. Las parejas volvían a sus asientos. Y la batalla de confetti recomenzaba cruenta, salpicada de risas y de cantos.

El Cónsul Vélez presentó al Capitán.

—Margueritte Freizzer y su hermano Camilo, de Viena; Peter Johansson, novelista, de Suecia; los es-

posos Ling Feng, de Pekín; el Oficial Mohameed, de Irak; y las hermanas Lerner, de Praga.

—Ya las he visto a todas en la piscina muy elegantes siempre. Yo la creía italiana, signorina Freizzer. Me parecía oírla hablar nuestra lengua.

—Siempre hago mis veranos en Venecia, Viarreggio u otras partes. ¡Me gusta mucho Italia! —repuso Margui, en perfecto italiano.

—Los esposos Ling Feng hablan también italiano, —dijo el Cónsul.

—¡Magnífico! ¿Han estado en Italia?

—No mucho, repuso ella.—Mi esposo, sí.

—Dos años —dijo Ling, ceremonioso.— Hice un curso especial de medicina en Milán. Mi esposa fue a buscarme, y hemos viajado juntos por la Europa Central.

Movió su silla, para dejarle el paso libre a Miss Graves, que pasaba sonriente. Margui miró al hermano con picardía. Le dijo algo en tudesco. Camilo se atrevió; pidió permiso, y se fue tras la inglesa.

—Anda siempre de una aventura en otra —dijo Margui—. En cada clase tiene una. ¡Es incansable!

Las dos hermanas Lerner se divertían lanzando serpentinatas. La batalla se hacía violentamente contra la mesa de enfrente.

Los confetti llovían de todas partes, y las bolitas de algodón eran el proyectil más certero.

—Nos faltan municiones — dijo Ling.

Margui se echaba atrás las cabellera dorada y reía como loca.

—¡Capitán' ¡Capitán, que traigan las reservas!

—¡Una tregua, señores! ¡Ha llegado el champán!

El japonés Yonekura los miraba, impasible, desde su mesa. No le quitaba el ojo a la chinita. Le hacía una corte inútil desde Manila, sin darse por vencido. El Musulmán Mohameed y Valeria Lerner aprovecharon la tregua para salirse al puente. Camilo Freizzer conversaba encantado con Miss Graves. Había logrado al fin ir a su mesa, y ya de allí sería difícil sacarlo.

Sirvieron el champán.

—¡Bebamos —dijo el Cónsul— por la tregua feliz, por la noche final y por usted, Capitán!

¡Salud, mi Capitán! —agregó Margui.

Y la pequeña Edith Lerner dejó caer en su copa los versos de Walt Whitman:

—Oh, Capitán, mi Capitán, ya nuestro largo viaje su término alcanzó...

—Bebieron. Se acercó un camarero.

—¡Capitán, no hay pertrechos!

—¡Que traigan las reservas!

La orquesta echó a volar su algarabía. Recomendaron los gritos, las cabriolas, los cantos.

—¡Bailen! ¡Bailen, muchachos! — gritaba el Capitán.— ¡Son las tres! ¡Ya ésta es la última pieza! ¡No se olviden que se llega a las seis! ¡Hay que dormir un poco!

—Hoy no se duerme, Capitán —dijo el Cónsul.— Queremos ver la entrada en el río. ¡Debe ser majestuosa!

El japonés Yonekura se acercó a la chinita. Había estado bebiendo toda la noche. De seguro el champán le hizo olvidar el odio de ambos pueblos y las bombas niponas sobre las tierras chinas.

—Perdone...

La chinita lo miró desdeñosa. El doctor Ling se levantó; le hizo una reverencia a la esposa y ambos salieron a bailar.

Yonekura se acomodó los enormes lentes de carey; dejó escapar una leve sonrisa, y se fue.

El Capitán salió a bailar con Murgui. El sueco Johansson hablaba en otra mesa con los esposos Freizzer, padres de Margueritte. Posiblemente se estaría despidiendo. Desde Venecia había iniciado sus amo-

ríos con la graciosa austriaca y él pensaba las cosas a lo serio.

El Cónsul Vélez brindó con Edith Lerner.

—¡Por nosotros!

—¿Por ti?

—¿Vamos al puente?

—¡Encantada!

Salieron.

Sobre cubierta conversaban todavía unas señoras.

Una delgada Lady se despedía de un Oficial italiano.

—¡I'll see you later, my darling!

Y una ingenua brunette de Saigón comentaba algún caso de Yonekura.

—¡Non, maman, il est parti furieux; nous l'avons appelé Tenorio, et il a pris cela pour une injure; il nous a dit que nous étions des enfants!

La penumbra del puente era propicia al amor. Soplabla un aire fresco, casi de lluvia. La luna se asomaba de vez en cuando, pero volvía a esconderse.

Bajo la sombra de todos los rincones había cambio de besos y juego de caricias. Jorge Vélez pensó una frase para su libro de viaje: "Y la mar, presurosa, tejía el encaje de sus olas con las últimas hebras de la luna..." No le gustó. Mejor era olvidarla.

La pequeña Edith Lerner era como un ovillo de dulcedumbres.

El Cónsul la asediaba con sus caricias.

Vibraba. Sollozaba.

—¡No, Jorge! ¡No, por Dios!

Y se doblaba toda hecha un racimo de contorsiones.

—¡Edith! ¡Edith!

La llamaba su hermana desde cubierta.

—¡Volvamos! ¡Ya me llaman!

—Te espero en mi cabina...

—¡No puedo!

—Mañana... Allá en Shanghai... Park Hotel...

No lo olvides...

—¡No lo olvido! ¡A las dos!

—¡Edith! ¡Edith!

Se fue sola al encuentro de la hermana. El Cónsul Vélez las oyó discutir. Conversaban en checo. ¿Qué dirían? Las voces de Valeria eran inquietas; las de Judith, apagadas. Poco a poco se fueron alejando.

Jorge Vélez estaba como en ascuas. Se quedó allá sentado para calmar su espíritu y sus nervios.

La brisa, cada vez más helada, le refrescaba el rostro. ¿Caería pronto la lluvia? Hubiera preferido que la fiesta siguiese hasta las seis. No le agradaba la idea de levantarse temprano. ¡Qué diablos! Era mejor pensar.

Jorge Vélez había subido al barco en Colombo. Los demás pasajeros venían desde Venecia; ya habían formado grupos; conversaban; bailaban; jugaban al pim pom o al deck-tennis. Sus únicos amigos, desde el principio, habían sido sus compañeros de mesa, los esposos Ling Feng. Eran gente muy joven y alegre. Conversaban entre sí en mandarín, idioma culto de la China. Hablaban de arte y de política con soltura humanística, sobre todo él, que de vez en cuando sacaba a relucir las venerables sentencias de su gente.

Ella, en cambio, parecía una chiquilla. Andaba siempre con pantalones cortos y camisita de tennis; saltaba como un gamo, y era el deleite de todos los viajeros. No había partida donde no figurara, y estaba siempre alegre.

—¿Ve usted a mi mujer? —decía Ling Feng.— No hace más que saltar y jugar al pim pom. Parece una chiquilla. No piensa en nada triste. Sin embargo, aunque usted no lo crea, tenemos ya dos niñas. Allá están esperándonos en Pekín. Pero, ¿sabe? es la edad... En general, las mujeres no piensan nunca. Nosotros, en la China, las presentamos siempre diciendo: Nuestra estúpida esposa.

La primera pasión de Jorge Vélez, a bordo, fue “la estúpida esposa”. Trató de conquistarla muy delicadamente; sin embargo, sus dos o tres cumplidos se perdieron bajo los golpes del pim-pom. La graciosa chinita llevaba entre sus venas toda la antigua savia de varias dinastías.

Más tarde, Jorge Vélez conoció, en la piscina, a Margui Freizzer, una rubia de Viena, que hablaba tres idiomas y sabía transformarse por instantes.

Los parientes de Margui, millonarios, habían sido expulsados de Viena por el solo delito de ser judíos. Por el mismo delito había en el barco novecientas personas: checas, austriacas, alemanas, etc.

Margui Freizzer venía ya enamorada de Peter Johansson desde Venecia. No obstante, Margueritte fue otra pasión secreta de Jorge Vélez y su gran compañera de charlas. Peter Johansson tenía dos obras publicadas; era un gran comunista; razonaba con tino, y se animaba hablando de política. A menudo dejaba a Margui con el Cónsul y se iba a hablar con Mohameed sobre la situación europea. Iba a Shanghai en misión periodística, y pensaba escribir un libro sobre la guerra chino-nipona.

El hermano de Margui, Camilo, se presentó una tarde con las hermanas Lerner, judías checas, que iban también en la ola de judíos hacia el Asia. Camilo era el cometa del grupo. Se presentaba raras veces. Y no hacía más que andar de clase en clase tras la úl-

tima aventura. Valeria Lerner le creyó algunas horas; pero al notar, después, sus trapisondas, prefirió las caricias de Mohameed.

El grupo andaba siempre de un lado a otro buscando diversiones. Se bebía, se bailaba, se cantaba; se hacían partidas fuertes de deck-tennis; o se hundía todo el mundo en la piscina para emprender la lucha a manotazos.

En Manila subieron más viajeros. Eran —la mayoría— estudiantes que iban para el Japón. Desde Shanghai saldrían en otro barco hasta Yokohama. Eran muy jóvenes, casi niños. Hablaban casi todos *en tagalo*, el pintoresco dialecto de Mindanao, y formaban a veces, entre ellos una infernal algarraba.

Venía en el grupo un japonés, Yonekura, nacido en Filipinas. Era el mayor de todos. Andaba siempre solo con sus libros y sus enormes lentes. Era un tipo fantasma. Se le veía a altas horas de la noche paseando por el puente. Nunca hablaba con nadie. Uno de los muchachos filipinos le contó a Jorge Vélez la verdadera historia de Yonekura.

El padre era un riquísimo comerciante japonés establecido desde hacía años en Mindanao. Tenía ya varias casas de comercio y controlaba además gran parte del azúcar filipino. Quería que el hijo fuese un buen doctor, y ya sólo esperaba que terminase sus estudios en Manila para enviarlo a Tokio. Pero hubo

un incidente que transformó sus planes. Yonekura sufrió un día un cruel ataque de locura, y se lanzó furioso contra una jovencita tagala que lo había despreciado. Fue necesario someterlo entre varios, de lo contrario la habría estrangulado. Tuvieron que llevarlo a un sanatorio, de donde había salido, ya mejor, para embarcarse hacia Tokio. Desde esa vez andaba siempre solitario.

Cuando se supo la noticia en el grupo, Margui Freizzer trazó un nuevo programa de acción.

—Es necesario, —dijo— o mejor dicho, exijo que me acompañen siempre dos escuderos. ¡Yo escojo a Peter Johansson y al Cónsul

Edith Lerner, que ya estaba en amores con Jorge, protestó, desde luego:

—No acepto. No, señor: Si él va contigo, ¿quién será mi escudero? ¡Jorge viene conmigo!

—Pues, entonces, Mohameed.

Valeria era algo tímida. Casi no hablaba nunca. No sabía qué decir. Miró a Abdul con sus ojazos verdes repletos de angustia, como diciéndole: ¡Defiéndeme!

Abdul quedó confuso. Jorge Vélez salvó la situación.

—Yo propongo que andemos siempre juntos: ¡Se prohíben las desercciones!

Y el grupo se hizo cada vez más compacto.

A pesar de todo esto, Yonekura parecía inofensivo. Se le veía siempre sentado ya en una parte u otra con un libraco enorme ante sus lentes, y, a lo sumo, se acercaba de vez en cuando a la piscina. Mientras no le llegara la mala idea de enamorarse, las cosas andarían como sobre ruedas...

De repente cayó en medio del grupo una noticia relámpago. ¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? La noticia la recogió Edith Lerner. ¿Qué pasaría? ¡La bomba!

—¡El loco Yonekura se ha enamorado!

Valeria Lerner dió un grito. Margueritte quedó como atontada. Se le fue de la mano la pelotita del pim-pom; ya no sabía que hacer.

—¡De mí, no! ¡De mí no! ¡Ni esperanza!

—¡Calma! ¡Calma, señores! ¡Razonemos!

Edith Lerner no sabía bien la cosa. Se indagaron noticias. Se supo al fin lo cierto. Yonekura perseguía con los ojos a la chinita Ling Feng.

—Qué idiotéz —dijo Jorge—. ¿Por esa nimiedad tiemblan ustedes? Dejenlo que la mire. Poco a poco se cansará solito.

Comprendieron después que había motivos para alarmarse. El japonés Yonekura perseguía a la chinita con una persistencia de maniático. No dejaba de verla un solo instante. La seguía a todas partes.

El doctor Ling, ya molesto, se quejó al Capitán. Este buen hombre no creyó la cuestión; de todos modos le llamó la atención a Yonekura. El extraño nipón manifestó la más grande extrañeza. Repuso que él miraba a todo el mundo sencillamente. Le gustaba mirar las cosas bellas. ¿Se les prohibía a los viajeros mirar a las señoras? Jamás pretendería ser un problema a bordo... Sería capaz de sacarse los ojos por haber ofendido a la señora Ling Feng.

¡No, señor! ¡Ni pensarlo! El Capitán no quería que Yonekura se sacara los ojos. ¡Qué atrocidad! Le pedía solamente que no mirara a una señora casada con marcada insistencia. Podía mirar a las demás. Había tantas solteras. Ellas no se ofendían. Al contrario. A las chicas les gusta que las miren.

A Peter Johansson le interesaba el caso. Quería escribir el libro de esa extraña locura: pero no consiguió más que protestas de Valeria, de Edith y Margueritte. Le pareció, además, que la locura de Yonekura no era un asunto digno de sus libros: prefería hacer, más tarde, la novela de los judíos en viaje hacia el Oriente lejano.

Esa masa judía desesperada sí le llamaba enormemente la atención. Se contaba que ya el mismo vapor había llevado más de diez mil hasta Shanghai, y aún seguiría llevando. Les arrancaban todo lo que tenían y los enviaban al mundo con diez marcos. ¡Diez marcos solamente! ¿Qué se puede comprar con diez

marcos? Los había de diversas clases y profesiones: pedagogos, doctores, artistas, cocineras, modistas, etc.

Se les había acomodado en el vapor, sin distinción de clases, a la buena de Dios. Los primeros llegados se adueñaron de las mejores cabinas. Resultaba con ésto, que en Primera había sastres y barateros, mientras que, en la Tercera dormían señoras distinguidas de Viena. Por eso el Capitán había resuelto hacer el baile final con las tres clases reunidas.

Muchos que hacían su viaje en primera, se presentaron al salón con vestidos ridículos; en cambio, había persona de tercera, como Margui, divinamente trajeadas. La cosa resultaba algo bufa, y divertida en el fondo. Pero lo cierto del caso era que el baile había salido a pedir de boca, con excepción de ese pequeño descuido de Yonekura. Sabiendo que la chinita Ling Feng no lo podía sufrir, había sido realmente una gran falta de tacto invitarla a bailar.

Jorge Vélez sintió de pronto un movimiento inusitado. ¿Qué pasaría? Los que subían al puente, miraban hacia el cielo y comentaban sobreexcitados. Cuando quiso indagar, vió que llegaban las hermanitas Lerner. Edith se le acercó.

—¿Qué ha sucedido?

—Dicen que se prepara un raid aéreo.

—¿Un raid aéreo? ¡No puede ser!

Los demás pasajeros se acercaban al Cónsul. Querían saber. Se les notaba inquietos... No habían

tenido tiempo de vestirse, y había varios cubiertos con sus batas de baño, otros con sobretodos de invierno. Miss Graves explicaba: Ya estaba dormitándose, cuando oyó el gran escándalo: gritos, golpes, carreras. Poco después, Miss Leighton le había anunciado lo del raid.

Subían más pasajeros al puente. Las señoras estaba definitivamente nerviosas.

Cada recién llegado traía nuevas noticias.

Una judía de Praga, decía:

—Es un raid japonés sobre Shanghai.

—Ya estamos cerca. ¡Nos matarán a todos!

Y un semita de Munich afirmaba que era un ataque directo contra el barco.

Margueritte llegó con Peter Johansson. Mohameed presentóse con un pijama a rayas definitivamente grotesco. Los esposos Ling Feng, venían provistos de salvavidas. Valeria Lerner estaba nerviosísima.

—¡Que vaya alguien a averiguar!—decía.

Pero nadie hacía caso. Las señoras miraban con terror hacia el cielo.

Un filipino le susurraba a Jorge con misterio:

—Parece ser que Yonekura es espía. ¡Está furioso con los esposos Ling Feng!

Un misionero belga, explicaba:

—Hace ya tiempo que estamos navegando río adentro. Llegaremos temprano. Quiera Dios que esta alarma sea infundada.

Jorge Vélez le preguntaba a Margui:

—¿Y el baile ha terminado?

—¿En qué piensa? —dijo ella—. ¡Hace ya tiempo que estábamos durmiendo!

Comenzaba a soplar un viento helado.

—Va a llover — dijo el belga. Aquí las lluvias no avisan.

De pronto Margui Freizzer comenzó a señalar el horizonte con grandes aspavientos.

—¡Mira allá! ¡Mira allá!

—¿Qué sucede? ¡Un avión!

Todos corrieron hacia ella.

—¡No qué avión! ¡La mañana! ¡Que ya está amaneciendo! ¡Miren allá!

Hubo un "oh!" de despecho. A pesar de la angustia, preferían ver ligero los aviones y oír las bombas. Lo necesario era, después de todo, desprenderse del incubo; saber, al fin de cuentas, a qué atenerse.

Sonó en ese momento la bocina del barco. Se apagaron las luces. Y se formó un correr precipitado con gritos y lamentos.

—¡Ay, mi madre!

—¡Señor! ¡Señor, ampáranos!

La campana del barco dió unos toques.

—¡Hay que buscar los salvavidas!

—¡No! ¡Calma, señores! ¿Qué es lo que pasa?

—dijo la voz de un Oficial desde el puente—. ¿Se están volviendo locos?

—¿Por qué se han apagado las luces?—gritó una Lady.

—Porque ya no hacían falta —repuso el Oficial muy sonreído— ¿No ven que está clareando?

—Se está burlando de nosotros —dijo Margui—. ¡No le hagan caso!

Se dejó oír la estentorea voz del altoparlante:

—¡Se suplica a los señores pasajeros que se reúnan en sus respectivos comedores! ¡No hay novedad alguna! ¡Tengan calma!

Comenzaron a desfilar.

Valeria Lerner fue a buscar a la madre. Edith las esperaba muy pegadita a Jorge. Margui Freizzer bajó con Peter Johansson. Mohameed fue a vestirse.

—Parece que esta lluvia no va a caer —dijo el belga.

Los demás pasajeros se fueron dispersando poco a poco. Se apagaron los comentarios. Y el puente fue quedando desierto.

Cuando Valeria Lerner logró llegar al comedor, ya estaban casi todos reunidos. Margui, Edith y los hombres se habían posesionado de una mesa. Camilo Freizzer llegó en ese momento con noticias menos aterradoras.

—¿Pero tú dónde estabas?—le dijo Margui.

—¿Te interesa?—le respondió Camilo, impertinente.

Siempre andaba peleando con la hermana. Se hacían entre ambos las bromas más pesadas.

Jorge Vélez conocía ya detalles de la aventura. Camilo había perdido su tiempo con Miss Graves, pero había conquistado al fin del baile algo más sustancioso.

—No saben lo mejor —dijo Camilo.— Parece que los tragos le hicieron mal efecto a Yonekura. Se volvió como loco. Formó un escándalo. Y al fin de cuentas tuvieron que llevarlo al camarote de viva fuerza.

El comedor estaba lleno de gente. Todos hablaban a la par, unos en alemán; en francés, otros; varios, en italiano; muchos, en inglés; pocos, en hindostán; otros, en chino, en japonés... Y aquello era la torre de Babel rumbo a Shanghai.

—¡Ya viene el Comisario!—gritó alguien.

Y el grito degolló el alboroto. Se hizo un silencio lleno de incertidumbre. Esperaban oír del Comisario las cosas más terribles; por lo menos, una sentencia de muerte inminente.

—Se ruega a los viajeros que estén listos para desembarcar. Hagan sacar el equipaje a la parte de afuera de la cabina. No hará falta revisar pasaportes. Atracaremos a las ocho en Shanghai. Los pasajeros bajarán enseguida. Se advierte que las autoridades japonesas no permiten demoras innecesarias. El equipaje de bodega lo encontrarán en tierra. Deben tener a mano sus documentos médicos. Se exige la vacuna contra la viruela, bubónica, fiebre amarilla, etc. Sin estos requisitos no se podrá bajar en Shanghai. Y se suplica que no sigan creyendo en raids aéreos. El incidente de anoche puede traer fatales consecuencias, si los viajeros no logran olvidarlo... Pueden tomar sus desayunos en paz.

Apenas terminó el Comisario, recomenzó el alboroto.

—Lo dicen por calmarnos —decía Valeria.

Una Lady anticuada preguntaba:

—¿De qué incidente ha hablado?

Jorge Vélez pensaba en la bubónica. Había tenido miedo de vacunarse; tampoco había dejado que le inyectaran los sueros requeridos. A lo mejor no lo dejaban desembarcar.

Algunos pasajeros resolvieron tomar sus desayunos enseguida. Otros fueron saliendo a preparar su equipaje. Mohameed llegó al fin, ya vestido, y con su pipa en la boca.

—Vamos afuera —dijo.— Ya salió el sol. ¡Se ven cosas soberbias!

—Hay que desayunarse —repuso Margui.—¡Tengo un hambre de lobo!

—Son ya las siete —dijo el Cónsul.— No hay tiempo.

Valeria proponía ir al camarote. Debía arreglar sus cosas. Solo Abdul Mohameed tenía ya listo su equipaje.

—¡Nos veremos en el puente de proa!

Y el grupo se perdió en los corredores.

Jorge Vélez tenía pocos asuntos que acomodar. Cuando llegó a su camarote, ya el camarero sacaba las maletas.

—¡Un momento! ¡Un momento! —le dijo—. Faltan algunas cosas.

—Va bene, signorino. Ritornaré fra poco.

Se acabó de vestir. Arregló sus cosas. Cerró todo con llave. Y salió.

El asunto de las vacunas lo preocupaba. ¿No sería preferible ver al médico? Le tenía un miedo ho-

rrible a las agujas. No podía soportar las inyecciones. Definitivamente no se atrevería. Ya vería la manera de defenderse. ¡Al diablo las vacunas!

En la proa estaban todos reunidos. La gran nave iba llegando a Shanghai. Hacía fresco. Las muchachas llevaban sus abrigos de calle. Ya estaban arregladas para enfrentarse con la ciudad macabra. ¿Qué cosas misteriosas, que vida incierta las esperaba en Shanghai? Sabían por comentarios, que la única esperanza era ofrecerse para los dancing-halls.

Mohameed les decía:

—¿No hay cabaret en Shanghai que no esté ya repleto de judías!

Jorge Vélez pensaba en Edith Lerner.

Mohameed, en Valeria.

Peter Johansson, en Margui.

¿Qué les esperaba? Irremediablemente sus destinos tendrían que dividirse. Terminado ya el viaje, cada cual se veía frente a las cosas sin poder evitarlas. La divina poesía de todo el viaje se diluía en Shanghai.

El chinito Ling Feng se acercó al grupo. Estaba entusiasmado. Decía:

—¿Ven ustedes aquellos techos rojos? Es la Universidad de Shanghai. Allí hice mis estudios de medicina... ¿Ya han visto que bonito es el puerto?

Ya verán la ciudad... ¡Es soberbia! ¡Nosotros nos iremos esta tarde a Pekín.

Dirigiéndose a Jorge, le dijo:

—Cuide usted a mi esposa... —Y agregó sonriendo— a mi estúpida esposa. Yo voy al camarote... ¡Vuelvo enseguida!

Jorge Vélez se acercó a la chinita. Estaba ya arreglada con un vestido chino de mangas largas y cuello alto. Se había subido sobre una de las barras de la baranda y miraba extasiada las casas de Shanghai.

El barco detenía ya su marcha. Muy pronto atracaría. Los pasajeros iban de un lado a otro, lanzando exclamaciones de júbilo. Las cosas que veían eran tan raras. Les parecía un mundo nuevo.

Los sampans, de velas cuadradas y de enormes timones, navegaban muy cerca del trasatlántico. A menudo pasaban las motonaves japonesas con sus soldados hieráticos y el pabellón del sol rojo en la popa.

La chinita Ling Feng estaba alegre.

—Hoy veré a mis hijitas —decía—. Hace seis meses que salí de la China. Deben estar muy grandes. ¡Si usted las conociera! ¡Son un primor!

Jorge Vélez compartía su entusiasmo

—Es usted la mujer más feliz del pasaje —le dijo.

—¡Créame que sí! Lamento, sin embargo, que otros no sientan mi entusiasmo.

—¿Cómo lo han de sentir? Usted llega a su casa, a su auténtica vida... Los demás... Estos pobres judíos, por ejemplo...

—Sí, lo lamento por esta pobre gente... Les espera una vida de angustias y miserias. Sin embargo, Shanghai es para ellos la ciudad acogedora... Nadie los quiere en otras partes... Nosotros, sí. Si no fuera por esos japoneses... Ve usted aquellas casas derruidas. Si viera otras ciudades del interior... ¡Todo lo han destruído! Las bombas japonesas saben dejar terribles recuerdos...

Pasaba, en ese instante, a pocos metros del barco, una lancha-motor del pabellón rojo y blanco. Tres soldados nipones iban sentados en la popa con sus fusiles terciados. La chinita Ling Feng sintió el orgullo de su raza. El enorme odio le transformó el semblante.

—¡Allí van! ¡Mire usted! Los salvajes!

—Y, mostrándoles el puño amenazante, gritó:

—¡Tiren! ¡Tiren! ¡Cobardes! ¡Tiren! ¡Tiren!

Jorge Vélez la contemplaba inquieto. La chinita ya no gritaba, aullaba con los ojos salientes y la voz rauca.

—¡Tiren! ¡Tiren!

Retumbó una espantosa detonación.

La chinita lanzó un gran alarido: se llevó las dos manos al rostro, y desplomóse sin vida entre los brazos del Cónsul.

Jorge Vélez quedó como atontado. Pensó en el raid aéreo, las bombas, las vacunas, y apenas tuvo tiempo de reclinar el cuerpo sobre el puente. La chinita tenía la sien izquierda empapada en sangre; su diminuto cuerpo estaba inerte.

Alguien gritaba:

—¡Pronto! ¡Un médico! ¡Llamen al médico de a bordo!

—¡Que venga el Comandante!

—¡Hay que avisarle a Ling Feng!

—¡Calma! ¡Calma, señores!

Muchos corrían sin tino; los más, se aglomeraban. Jorge Vélez no podía respirar. Margui Freizzer gritaba como una loca. Valeria estaba pálida.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por Dios, qué ha sucedido?

Jorge Vélez trataba de explicar.

—Le disparó... desde una lancha... un soldado...

—Eran soldados japoneses —agregó un marinero.

—¡Disparan contra el barco! decía una Lady.—

¡Nos van a asesinar!

—¡Misericordia, Señor!

—¡No! ¡No! —decía Edith Lerner.— ¡Fue Yonekura! ¡Lo he visto! Disparó desde allí con un revólver. Después trató de huír... ¡Se tiró al agua! ¡Yo lo ví! ¡Yo lo ví!

Muchos corrieron a la otra borda del barco, que estaba llena de curiosos.

—¡Lo recogió una lancha japonesa! —decía Camilo Freizzer.

—¡Allá van! ¡Allá van!

—¡Asesino! ¡Asesino!

—¡Debe estar loco!

—¡Lo deberían ahorcar!

Por la escalera bajó Ling Feng con Mohameed. Venían también dos oficiales, el Capitán, el médico.

—¡Calma! ¡Calma, señores! ¡Llévenla al Hospital!

—¡Doctor, ayude usted! ¡Mucho cuidado!

—¡Permítanme, señores! ¡Yo la llevo! — decía Ling Feng.

Se acomodó en los brazos a la chinita y echó a andar con premura. Estaba pálido. Los demás lo seguían haciendo comentarios.

El Capitán daba órdenes.

—¡Nadie debe pasar! ¡Cierren las puertas!

Ya habían pasado algunos.

Las señoras que había en el corredor, indagaban:

—¿Qué ha sucedido?

—¿Qué pasa?

—¡Asesinaron a la esposa de Ling!

—¿Una bomba?

—Parece que...

—¿Nos están bombardeando?

—¡No diga tonterías! ¡Un incidente!

—¿Le parece incidente? ¡Asesinato!

—¡Calma! ¡Calma, señores! ¡Fue Yonekura!

—¡Parece que está loco!

Habían llevado a la clínica del barco.

—¡No entre nadie! — ordenaron, y cerraron la puerta.

El Capitán subió sobre cubierta. Ya el barco iba atracando.

Cuando Jorge volvió al puente de proa, se le acercaron todos a preguntarle.

Margui Freizzer era la más nerviosa. Edith no se cansaba de explicar la terrible maniobra de Yonekura. Lo había visto sacar una pistola.

—¿Y por qué no avisaste?

—¡No pude! ¡Me quedé como muerta! Oí el disparo...

No estaba bien segura de haberlo visto disparar.

—De no haber disparado, no se habría echado al agua—decía Camilo Freizzer.

—No me han dejado entrar —murmuró Jorge—. Parecía como muerta.

—¡Pobre chinita Ling!

—El esposo se llevará el cadáver.

Se dejó oír, estentórea, la bocina del barco. Todos corrieron a la borda. Ya habían puesto la escala y estaban descargando el equipaje. Baúles y cajones iban cayendo sobre el muelle negruzco. Los chinos cargadores los iban arreglando. Sus monótonos gritos se repetían con fúnebre insistencia.

En la Aduana esperaba una gran cantidad de judíos. Saludaban, vociferaban; se les veía contentos. Había llegado en viajes anteriores y se alegraban de verse en nueva compañía.

—¡Pobre gente!—decía Valeria.

—¡Lo que aquí nos espera!—agregó Margui.

Peter Johansson trató de consolarla.

—¡No hay que desesperarse!

La gruesa voz del altoparlante se dejó oír.

—Los pasajeros pueden bajar al muelle. Que todos tengan listos sus respectivos certificados médicos. Los equipajes se les entregarán en la Aduana.

Cuando llegaron a la escala, ya iban bajando las maletas.

—¡Dejen pasar! ¡Dejen pasar! —decían los oficiales.

Mohameed se adelantó con Valeria. Jorge Vélez daba el brazo a Edith. Camilo y Margueritte trataban de ayudar a la madre, que estaba nerviosísima. Peter Johanson los esperaba ya en el muelle.

Los chinos cargadores vociferaban arrebatándose la carga. Los agentes de hoteles hacían a todo grito su propaganda.

—¡KATHAY HOTEL!

—¡PALACE HOTEL!

Se sentía un alboroto infernal.

—¡AMERICAN EXPRESS!

—¡Taxi! ¡Taxi!

—¡PARK HOTEL!

Jorge miró a Edith Lerner.

—¿Te acuerdas?

—¡No lo olvido! ¡A las dos!

Unos buscaban su equipaje. Otros huían de los chinos. Margui estaba espantada.

—¡Mi maleta!

—¡Mi abrigo!

—¡Ay, mi madre!

—¡Mira! ¡Mira!—dijo de pronto Margui. —¡Ya bajan el cadáver!

Jorge Vélez sintió un escalofrío.

Valeria Lerner se puso a sollozar.

Dos camareros bajaban la camilla, cubierta con un gran paño blanco.

Ling Feng venía adelante. Cuando llegó al final de la escalera, se acercó al grupo. Estaba pálido, pero no daba muestras de gran tristeza.

—¿No ha sido nada, saben? ¡No ha sido nada! Un ligero rasguño solamente. Se restablecerá dentro de poco... ¡Sí! ¡Sí! Para Pekín en seguida! Mil gracias!

Se despidió nervioso. Los que llevaban la camilla habían seguido hacia la Aduana. Corrió para alcanzarlos.

—¡Buena suerte, señores! ¡Buena suerte!

Los del grupo lanzaron al unísono un suspiro de alivio. La agradable noticia los había reanimado.

R O G E L I O        S I N A N

---

Les pareció que, entonces, se desprendían del ícubo definitivamente.

Ya habían vivido un sueño... Un negro sueño de pesadilla.

Menos mal que, después de tanta angustia, estaban todos SIN NOVEDAD EN SHANGHAI.